

CAPITULO XIII.

Pilar concluye su historia.

—Rossi realizó su amenaza:—Prosiguió Pilar siempre conmovida.—No era dueña de dar un solo paso sin que al instante no le tuviera cerca de mí, unas veces suplicando, otras amenazándome. Mi inquietud y mis temores crecían por momentos, al ver que me era imposible libertarme de aquel hombre que se había constituido en vigilante continuo de mis acciones.

¡Ah!.... mi vida desde entonces fué una cadena no interrumpida de sustos y de sinsabores....!

Salía de casa con mil precauciones para no ser vista de aquel verdugo de mi tran-

quilidad; pero apenas me alejaba un poco, cuando de repente le veía aparecer como un sér brotado de la tierra.

Y aquel encuentro iba siempre seguido de exigencias, de insultos y de amenazas sin que se le olvidara nunca recordarme el despreciable papel que hacía á los ojos del hombre que se avergonzaba de haberme amado.

Sin embargo, lejos de alcanzar por tan inicuos medios palabra alguna dulce, arrancada por el miedo, mi corazón le odiaba cada vez mas, y mis labios se abrían siempre para expresar lo que el alma sentía.

De repente cambió completamente la escena.

Rossi había desaparecido de la calle.

Mi corazón fué recobrando poco á poco su tranquilidad, aunque enlutado por la tristeza que vertió en su fondo la fatal noticia de que había muerto en el alma de D. Antonio la compasión para mí!....!

Ocho dias trascurridos de esta manera, me hicieron creer que Rossi había salido de la ciudad.

Un sábado por la tarde, poco antes del toque de oraciones, me envió la señora por una mantilla que había comprado en una tienda: al llegar yo, los dependientes estaban ocupados, y tuve que esperar un rato bastante largo para que me despacharan.

Cuando salí del establecimiento empezaba á oscurecerse.

Yo, poco acostumbrada á andar sola de noche, apresuré el paso para llegar pronto á casa.

Hacia tiempo que no veía á Rossi, y sin embargo, en aquel instante me parecía que me iba á encontrar con él.

Dominada por esta idea que no se apartaba de mí, marchaba sobresaltada, mirando por todas partes, pero sin que nadie me siguiera.

Así llegué hasta la calle que daba vuelta á la en que yo vivía, cuando al volver la esquina y pasar junto á la puerta de la primera casa, me ví arrastrada al zaguán que estaba oscuro, por un brazo de hierro de un hombre que estaba oculto.

Yo quise gritar; pero en el instante mis-

mo sentí tapada mi boca con una de las manos de aquel hombre, mientras que con la otra vibraba un puñal sobre mi pecho.

“Se creía vd. segura de mí, me dijo con voz de trueno y brillando sus ojos en las sombras como dos áseas de fuego, porque había desaparecido de la calle; pero no: yo había jurado vengarme de los últimos desprecios, y para conseguirlo quise inspirar esa confianza que hoy la coloca á vd. en mi poder. Pilar, este es el instante solemne en que va vd. á escoger su esposo ó su asesino; la mano misma que ve vd. pronta á descargar el puñal sobre su pecho á una negativa, se abrirá desarmada á la mas ligera palabra benévola: responda vd., pues, ¿quiere vd. mi apellido ó su muerte?”

Y al decir esto me dejó libre la boca, aunque asiéndome del brazo para que no huyera. ¡Socorro!.... ¡que me asesinan!... grité yo en cuanto pude hacer uso de la palabra, y al mismo tiempo sentí descargar el puñal tres veces sobre mí con terrible fuerza, haciéndome rodar por el suelo.

Rossi, pues no era otro el hombre, salió entonces á la calle creyendo haberme asesinado.

Yo, al notar su fuga, me tenté por todas partes para ver si encontraba sangre; pero nada sentí: entonces mas serena, examiné la ropa, y advertí agujerado casi en un mismo sitio mi rebozo por tres puñaladas: pero precisamente en la parte que ocultaba la caja en que llevaba la mantilla: la caja, pues, me habia salvado: la caja habia sido el instrumento de que la Providencia echó mano para salvar mi vida.

Entonces me levanté violentamente: salí á la calle sin comprender lo que me pasaba; y dominada por un terror indecible, crucé en un solo instante la distancia que me separaba de mi casa: subí la escalera con la velocidad que presta el miedo, volviendo siempre la cabeza para ver si me seguian: entregué á la señora la mantilla, sin poder articular palabra, y luego, sin esperar orden ninguna, penetré en mi cuarto, caí de rodillas á los piés de una imágen de los Dolores, y con voz débil y temblando toda, elevé una

oracion de gracias á la Madre de Dios que me habia salvado de una muerte horrorosa.

Entregada estaba despues de aquel acto religioso, á mis ideas de terror, de espanto, de abandono y de amargo porvenir, cuando se presentó en mi cuarto la señora. Al verla, procuré serenarme, y traté de ocultar en mi corazon el miedo de que estaba dominada.

—Tal vez habia visto los golpes de puñal en la caja de la mantilla.

—No, D. Enrique: el asunto que la conducia á mi presencia, era el mismo que algun tiempo antes me habia propuesto.

—¡Cómo!....

—Pilar, me dijo con la bondad de una madre: negocios de gran interes reclaman mi presencia en la hacienda que tengo en Leon: el administrador me suplica vaya lo mas pronto posible, y partiré dentro de veinte dias: vd., en quien veo talento y honradez: queda encargada de esta casa durante mi ausencia: ya he puesto en conocimiento de mis criados mis nuevas disposiciones, y todos reconocen á vd. como á la persona

que queda desempeñando mis veces. Sin embargo, antes de partir, quisiera saber cómo piensa vd. sobre un asunto de que hablé á vd. hace algun tiempo. Pedro me ha vuelto á suplicar vea á vd. por la última vez, y solo por complacer á un fiel servidor que se ha criado en casa, y cuya honradez y cariño hácia mí aprecio en mucho, me atrevo á reiterar ahora la pregunta que entonces hice.

—¿Por supuesto que la contestacion de vd. fué la misma que alcanzó la vez primera que se tocó ese negocio?

—¿Cree vd., amigo mio, que las circunstancias eran las mismas? No, D. Enrique: yo recorrí en un instante la historia de mi triste porvenir y mi pasado: veia al hombre de quien habia soñado ser mil veces, maldiciendo mi nombre, avergonzado de haber puesto su amor en una mujer cuya desgracia calificaba de crimen, acusándome de haber faltado á mis deberes; de haber olvidado mis principios, renegado de mis virtudes y arrojado en el fango mi amor y mi ternura, mientras por otra parte deseubria al

vengativo Rossi siguiendo mis pasos, acechando mis acciones, y amenazándome siempre con el puñal levantado para darme la muerte.

—¡Situacion crítica por cierto!....

—¡Ah!.... ¡sí, mucho, D. Enrique!....

Despreciada del sér único cuya compasion hubiera embalsamado mis penas; alejada de un padre anciano cuyo paradero ignoraba; privada del apoyo de un hermano cuya muerte me habia anunciado mil veces mi présago corazon; yo me consideré sola en el mundo; acéfala para siempre de la esfera social en que habia nacido, como una perla manchada que arranca el lapidario del círculo de las de nítido esmalte, y la sepulta entre las falsas ó de ningun valor.

—Continuad, continuad, por Dios.

—Afectada ademas, como me hallaba, por el funesto acontecimiento de aquella noche; sin esperanza en el futuro, cuyo horizonte se presentaba negro á mis ojos; expuesta á perder por cualquiera calumnia de mi implacable enemigo mi destino, quedando

do expuesta de nuevo á la miseria y el hambre; y convencida al mismo tiempo de que tan luego como el sardo supiese el milagro por el cual me habia salvado, volveria de nuevo á sus persecuciones, medité un instante, y conocí que para salvarme de las asechanzas del infernal italiano, era preciso hacer el sacrificio de mi corazón. Habia perdido todo en el mundo, y no quise renunciar á la tranquilidad, al consuelo de tener un defensor.

—¡Qué escucho, Dios mio!.... ¡qué escucho!....

Exclamó Enrique abrumado con el peso de aquellas palabras, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, con las señales del mayor abatimiento.

—¡Ah!.... ¡qué me quedaba que hacer en mi lugar!.... Cierto es que no podia halagarme la desigual union con que se me brindaba; pero conocí que, en el estado extremo á que me habian arrastrado mis desgracias, mi deber y mi conveniencia, me dictaban buscarse un escudo, á cuya sombra fuera en lo sucesivo menos desdichada.

La educacion de Pedro era tosca; pero habia notado en él cierto respeto y consideraciones hácia mí, que le realzaban á mis ojos: su honradez era una recomendacion que hacia desaparecer su descuidado lenguaje, y el cariño que manifestaba á mi bienhechora, el mas poderoso agente para vencer mi repugnancia.

—¿Es decir que condescendió vd?

—Sí, D. Enrique: á los quince dias de aquel diálogo, era esposa de Pedro.

—¿Y ese hombre es....

—El mismo que hoy gime preso en la Acordada.

Enrique dejó escapar una exclamacion de asombro.

—¿Pero como se operó ese cambio en su conducta, para venir á parar al sitio de los malhechores?

—Lo ignoro. Solo sé que á pocos dias de estar de vuelta de su viaje la señora, acertó á pasar por allí Rossi, de quien ví era amigo: le hizo pasar y me presentó á él, diciéndole que se habia unido á mí; Rossi, al ver-

me, se sorprendió, pero disimuló su emoción, lo mismo que disimulé yo el horror que me causaba su presencia.

—¡Fatal casualidad!

—Desde entonces no dejé de visitarme un solo día el pérfido sardo, pretendiendo llevar adelante sus infernales pretensiones acerca de mí. Sin embargo, para evitar sus siniestras miras, fingió con Pedro una amistad hácia él, íntima y desinteresada: á puro hablar de igualdad y de grandeza, logro despertar en su corazón ideas ambiciosas; anheló por salir de la humilde esfera en que estaba obligado á vivir: desde entonces desapareció la tranquilidad del corazón de Pedro. Una noche me dijo que tenía que velar á un amigo moribundo, y se quedó fuera de casa. Al día siguiente corrió la voz de un gran robo cometido en una casa fuerte de comercio. Pocas semanas despues, me dijo estas palabras: "Pilar, ha cambiado mi suerte, y es preciso que también cambie nuestra posición: he sacado un premio en la lotería, y quiero que vivamos independientes: ya he tomado una casita en el

Puente de la Leña, donde viviremos sin servir á déspotas amos.

—¿Era tal vez el autor del robo?

—Ahora lo verá vd. Tres días hácia que viviamos en la nueva habitación, cuando cuatro agentes de policía entraron á registrar la casa, y preguntando por Pedro, que por fortuna acababa de salir en aquel instante.

—¿Y encontraron algo?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Luego eran injustas las sospechas?

—No, D. Enrique; eran justísimas. Mi esposo había sospechado algo, y se puso en salvo. Esto lo he sabido despues por una carta que me escribió desde Tampico, en cuya costa andaba con otros seis, cometiendo toda clase de robos, hasta que cayó en manos de la justicia, y fué conducido al triste sitio en que se encuentra.

—¿Y Rossi?

—Rossi continuó visitándome con mas empeño que nunca, á pesar de los continuos desaires que de mí recibía.

—¿Pero cómo vivió vd. en todo ese tiempo en que Pedro andaba errante?

—Ayudando á planchar y lavar á una vecina lavandera, que preferia mi trabajo al de otras mujeres que hasta entonces habia tenido.

—¿Cuánto ha sufrido, vd!

—¡Mucho, D. Enrique, mucho!....

—¿Y ama vd. á su esposo?

—Deseo su felicidad tanto como la mia.

—¿Y cree vd. que si se viera libre, entraria de nuevo en la senda de la virtud?

—Sí, señor; él es bueno: tiene un corazon noble, y sobre todo, oye con docilidad los consejos de las personas que, como vd., reúnen al recto juicio y al talento, un corazon magnánimo.

—No trascurrirá mucho tiempo, sin que Pedro se encuentre libre y dichoso al lado de vd.

—¿Será posible?

Exclamó Pilar inundada de alegría.

—Estoy seguro. La suerte de vd. y la suya, corre de mi cuenta.

—¡Gracias, D. Enrique!.... ¡Ah!.... ¡cómo pagar tanta generosidad!....!

—Deje vd. de reconocimientos, y llévele vd. la consoladora noticia de que voy á trabajar por conseguir su libertad.

—En el momento mismo. Precisamente es la hora de llevarle la comida. ¿Y qué noticia me da vd. de mi querido padre, vd. que siempre me habla de él?

—Que lo verá vd. muy pronto.

—¡Ah!.... ¿es posible!....

Exclamó alborozada de placer la jóven.

—Sí, hermosa Pilar.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como Pedro salga de la Acordáda. Y no quiero que sea antes, para evitar el disgusto de ver á su hija enlazada á una persona que se ha olvidado de sus deberes. Cuando esté libre, le haremos ereer que es un artesano, y así su sentimiento en verla á vd. unida á un hombre humilde, será menos doloroso.

—Sí.... tiene vd. razon.

—Adios, Pilar.

—Adios D. Enrique.

Y éste se alejó, resuelto á dar los pasos necesarios para conseguir lo que acababa de prometer.

Pilar dispuso la comida para Pedro, y poco despues se dirijia hácia la Acordada, llena de placer y de regocijo con la grata esperanza de ver muy en breve libre á su esposo, y de abrazar á su querido padre.

CAPITULO XIV.

Vivir haciendo el mal.

La primer diligencia de Rossi al desmontar de su caballo, fué visitar á los mas adictos partidarios de Guerrero, haciéndoles creer que venia á trabajar por el triunfo de la causa federal.

Para mas deslumbrarles y ocultar las verdaderas miras que le habian llevado á México, les convocó á varias reuniones en su casa, donde se trataba de los medios mas eficaces de derrocar al gobierno de Bustamante, ganando algunos batallones y pronunciándose en la capital.